



EL OBISPO DE VITORIA
MONSEÑOR JUAN CARLOS ELIZALDE

«HOMILIA DEL DOMINGO DE RESURRECCIÓN 2022»

¡Feliz Pascua de Resurrección! Bazko Zoriona Denoi!

Ayer, en la Noche de Pascua, nos decía el Papa en 2020 “conquistamos un derecho fundamental, que no nos será arrebatado: el derecho a la esperanza; es una esperanza nueva, viva, que viene de Dios. No es un mero optimismo, no es una palmadita en la espalda o unas palabras de ánimo de circunstancia, con una sonrisa pasajera. No. Es un don del Cielo, que no podíamos alcanzar por nosotros mismos... La esperanza de Jesús es distinta, infunde en el corazón la certeza de que Dios conduce todo hacia el bien, porque incluso hace salir de la tumba la vida... Él, que quitó la roca de la entrada de la tumba, puede remover las piedras que sellan el corazón. Por eso, no cedamos a la resignación, no depositemos la esperanza bajo una piedra. Podemos y debemos esperar, porque Dios es fiel, no nos ha dejado solos, nos ha visitado y ha venido en cada situación: en el dolor, en la angustia y en la muerte. Su luz iluminó la oscuridad del sepulcro, y hoy quiere llegar a los rincones más oscuros de la vida. Hermana, hermano, aunque en el corazón hayas sepultado la esperanza, no te rindas: Dios es más grande. La oscuridad y la muerte no tienen la última palabra. Ánimo, con Dios nada está perdido.”

Llegamos a la Semana Santa con muchas heridas, tensiones, fracasos y dolor porque son parte de la condición humana. Necesitamos experimentar la esperanza en nuestras familias y comunidades.

El Papa Benedicto XVI en su primera Vigilia Pascual como Pontífice en 2006 afrontaba así el misterio:

"¿Qué es lo que sucedió allí? ¿Qué significa eso para nosotros, para el mundo en su conjunto y para mí personalmente? ¿Qué sucedió? Jesús ya no está en el sepulcro. Está en una vida nueva del todo. Pero, ¿cómo pudo ocurrir eso? ¿Qué fuerzas han intervenido? Es decisivo que este hombre Jesús no estuviera solo, no fuera un Yo cerrado en sí mismo. Él era uno con el Dios vivo, unido talmente a Él que formaba con Él una sola persona. Se encontraba, por así decir, en un mismo abrazo con Aquél que es la vida misma, un abrazo no solamente emotivo, sino que abarcaba y penetraba su ser. Su propia vida no era solamente suya, era una comunión existencial con Dios y un estar insertado en Dios, y por eso no se le podía quitar realmente. Él pudo dejarse matar por amor, pero justamente así destruyó el carácter definitivo de la muerte, porque en Él estaba presente el carácter definitivo de la vida. Él era una cosa sola con la vida indestructible, de manera que ésta brotó de nuevo a través de la muerte.

¿Qué sucedió allí? Que... ¡A Jesús le pudo la vida! Nosotros, no podemos evitar la muerte de los seres queridos. Estos días lo estamos comprobando. ¡A Él le pudo la vida, la vida del Padre!

Abrimos el Evangelio y nos empapamos por su Espíritu de la Resurrección de Jesús. La Resurrección está narrada con toda veracidad histórica. Es el dato más repetido en todas las fuentes del Nuevo Testamento. El núcleo del relato es invariable- Jesús vive- y los detalles están sin maquillar, incluso son contradictorios, como cuando distintos testigos narran su experiencia tal como la han vivido. Está narrada con poca habilidad, un poco torpemente, no le reconocen pero es Él y los discípulos están confusos y amedrentados. El relato contradice la mentalidad de la época ya que las primeras testigos son mujeres y los hombres no se lo acaban de creer.

Realmente ocurrió así o es impensable que alguien inventara el relato queriendo hacerlo creíble. Sí, los criterios de historicidad aplicados a las narraciones evangélicas de la Resurrección, nos indican que no estamos ante leyendas o proyecciones de la comunidad, sino ante hechos. Son relatos verídicos con un trasfondo histórico. Aleluya, no pueden no comunicarlo, la alegría es irreprimible. Es una alegría segura.

"Pero, ¿cómo ocurre esto? ¿Cómo puede llegar efectivamente este acontecimiento hasta mí y atraer mi vida hacia Él y hacia lo alto? La respuesta, en un primer momento quizás sorprendente pero completamente real, es la siguiente: dicho acontecimiento me llega mediante la fe y el bautismo.

Seis años después decía el Papa emérito. "Pero, ¿cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede llegar todo esto a nosotros sin que se quede sólo en palabras sino que sea una realidad en la que estamos inmersos? Por el

sacramento del bautismo y la profesión de la fe, el Señor ha construido un puente para nosotros, a través del cual el nuevo día viene a nosotros. En el bautismo, el Señor dice a aquel que lo recibe: Fiat lux, que exista la luz. El nuevo día, el día de la vida indestructible llega también para nosotros. Cristo nos toma de la mano. A partir de ahora él te apoyará y así entrarás en la luz, en la vida verdadera. Por eso, la Iglesia antigua ha llamado al bautismo photismos, iluminación”.

En el Evangelio según san Juan se nos recuerda lo que sucedió aquel domingo. *El primer día de la semana, María Magdalena fue al sepulcro al amanecer, cuando aún estaba oscuro, y vio la losa quita del sepulcro. Echó a correr y fue donde estaba Simón Pedro y el otro discípulo a quien tanto quería Jesús, y les dijo: -"Se han llevado del sepulcro al señor y no sabemos dónde lo han puesto.*

‘El primer día de la semana, al amanecer, estando oscuro todavía’. La resurrección es un proceso, no es automática. Tiene que encarnarse en el ánimo, en el humor, en el carácter, en la vida misma. Es la nueva creación, el primer día de la semana, un nuevo comienzo pero estando oscuro todavía.

Aún no hemos vencido esta pandemia pero Cristo ha resucitado. No hay acontecimiento con mayor peso que su resurrección. Eso lo cambia todo y por tanto podemos afrontar esta crisis sanitaria y nuestras crisis vitales con ánimo y esperanza. Una esperanza con mayúscula, que como decía el Papa ayer en la Vigilia, no es optimismo vital sino un regalo venido del cielo: Jesús que se queda para siempre con nosotros.

Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí, aunque haya muerto vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí no morirá para siempre. (Jn 11, 25-26)

Se alarman. El sepulcro está vacío. Magdalena, Pedro y Juan corren de aquí para allá. A lo que a veces hemos oído, más hace unos años "Aunque encontráramos su cadáver, Jesús sigue vivo en nosotros", el Papa emérito responde: "La Resurrección implica esencialmente que el cuerpo de Jesús no sufra la corrupción. Un anuncio de la Resurrección habría sido imposible si el cuerpo de Jesús hubiera permanecido en el sepulcro. Las especulaciones teológicas, según las cuales la corrupción y la resurrección de Jesús serían compatibles una con otra, pertenecen al pensamiento moderno y están en clara contradicción con la visión bíblica".

"El evangelista Juan narra que Pedro y él mismo, al oír la noticia que les dio María Magdalena, corrieron, casi como en una competición, hacia el sepulcro (cf. Jn 20, 3 ss). Los Padres de la Iglesia vieron en esa carrera hacia el sepulcro vacío una exhortación a la única competición legítima entre los

creyentes: la competición en busca de Cristo." Benedicto XVI, 11 de abril 2007

Distintas maneras de vivir la resurrección: uno corre más que otro, llega primero pero no entra, el que llega más tarde entra pero no ve, el que llegó antes entró más tarde pero vio. Pedro es la roca de la Iglesia, la institución, la jerarquía, la autoridad y el servicio. Juan es el amigo, el desafío evangélico, los carismas. Ambos roca y cimiento de la Iglesia de Jesús. Cabemos todos, distintos, compatibles, complementarios, incluso como en competición, pero en busca de Cristo. Nuestra Diócesis no tiene fuerzas que perder. Que cada uno dé lo mejor de sí mismo como lo hemos estamos haciendo en esta pandemia y ahora también ante la crisis humanitaria ucraniana.

A Pedro la Resurrección le pilló con mala conciencia. Tres veces le negó y tres veces le confiesa su amor. La resurrección le devuelve la misión confiada: *Apacienta mis ovejas*. La resurrección puede reconstruir la confianza defraudada, el fervor perdido o la fraternidad rota.

Juan es el que al ver los lienzos tendidos, caídos, flácidos, desinflados, *vio y creyó*. En el lago, ante la pesca milagrosa, es el primero en reconocer: *Es el Señor*. En la Iglesia de Vitoria necesitamos testigos que reconozcan hoy al Señor en los signos de los tiempos en nuestra tierra.

La humanidad se divide en dos: los que creen en la Resurrección y entonces el amor ha vencido a la muerte, el mal no tiene la última palabra, cabe la reconciliación, la esperanza, la conversión y las vocaciones. Y los que no creen en la Resurrección y entonces todo se reduce a buenos deseos, ganas de que esto mejore, empujoncillos que nos pegamos unos a otros para ir tirando, ánimo entre nosotros, cierto optimismo vital, pero al final abandonados a nuestra propia suerte.

Hoy, en medio aún de la incertidumbre a causa de la pandemia y con el horror de una guerra en Europa, necesitamos saber esto y tenerlo claro. Dios con nosotros y Dios vivo en medio de este mundo.

Ahora trabajemos por la paz, desde nuestro lugar y desde nuestras posibilidades. En nuestro trabajo en nuestras comunidades, en nuestras familias, en la Iglesia y en la sociedad. No fomentemos trincheras y dialoguemos. La agresividad, la violencia o la guerra son el fracaso mayor que podemos cometer los seres humanos, especialmente tras las experiencias pasadas. Eduquemos en valores. Eduquemos en civismo y en diálogo como resolución de problemas. Eduquemos en empatía y en justicia social. Eduquemos en el mensaje de Cristo de perdón, reconciliación, amor y firmeza en la defensa de los que sufren.

Nuestra tierra, nuestra gente, necesita testigos vivos de la resurrección. Ofrecemos esta eucaristía por todos las personas que están falleciendo estos días.

Distraemos de la resurrección o no favorecemos su esperanza, cuando al despedir a un ser querido, sólo resaltamos, por ejemplo, que siempre inspirará nuestra vida, que su ideal seguirá vivo o que para nosotros nunca morirá. El anuncio de la Resurrección de Jesús es el centro de la celebración de las exequias. Se está imponiendo la costumbre en los funerales de incluir cartas de despedida, discursos de agradecimiento, música o poesías, que en otro entorno familiar o amistoso, serían un acierto, pero que en la celebración litúrgica pueden desvirtuarla o ponerla en entredicho, porque a veces se hace gala de una falta de fe en la resurrección. No se puede forzar constantemente a los pastores, que tenemos la obligación de recordar que el funeral no es un acto social, sino una celebración de fe. Hay diócesis que han prohibido sistemáticamente este tipo de costumbres. Consolados por la Resurrección de Jesús podemos consolar mucho. Que la Madre del Resucitado, la Virgen Blanca, Nuestra Señora de Estíbaliz nos ponga con su Hijo. ¡Feliz Pascua!

“Hau da eguna, Jaunarena: Gaur piztu da-eta Jesus Jauna”

ALELUIA, ALELUIA, JAUNAREN EGUNA DA! Bai, JAUNAREN eta GEURE eguna. Anaia-arrebok: bihotzez eman diezazkiokegu zorionak batak besteari. JAINKOAK JESUSI EMAN DIO ARRAZOIA! Jainkoari atsegin zaio haren biziera. Piztu dena da gurutziltzatua izandakoa. Jainkoagan eta gure artean bizi da, nahiz eta era desberdinean, aintzaz beteriko gorputzez. “Maitasunez bizitza ematea” da Jainkoaren ustez egitekorik handiena eta gaindiezina. Zer-nolako mezu ederra festa honetakoa!

Baina GEURI ere sakon dagokigu festa hau: Jesusen zoria bera BIZI IZATERA DEITUAK gara, beraren erara bizi bagara. Jainkoak, bada, ez du iruzurrik egiten. Hori sinesten dugu bete-betean. Geure Fedearen EGUN HANDIA dugu GAURKOA. Presta gaitezen Bazko aldi guztiaren zehar ospatzen. Eta... Zoriontsuak BIZIAREN JAINKOA onartzen dutenak! BAZKO ZORIONA DENOI!

+ Juan Carlos Elizalde
Obispo de Vitoria

En Vitoria-Gasteiz, Domingo de Resurrección, 17 de abril de 2022.